

MISA DE CLAUSURA DEL ENCUENTRO CONMEMORATIVO
DEL DÉCIMO ANIVERSARIO
DEL ENCUENTRO NACIONAL ECLESIAL CUBANO

Catedral de La Habana, 25 de febrero de 1996

La Iglesia en Cuba, diez años después de haber celebrado su primer Encuentro Nacional, que la puso en pie en medio de las plazas, le dio a su rostro brillo de juventud y de esperanza y abrió de par en par las puertas de sus viejos templos a muchos cansados transeúntes; se ha reunido de nuevo en estos días para recoger el eco de aquel clamor misionero que fue el ENEC y relanzar su programa de una Iglesia orante, encarnada y evangelizadora, que encara, con valentía y confianza en el Señor, los retos de este final de siglo en nuestra patria y traza un programa pastoral renovador para el tercer milenio de la era cristiana.

Emocionados, hemos acogido el mensaje del Papa Juan Pablo II, quien, como en la Cuarta Reunión General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo, nos convoca a una Nueva Evangelización; no nueva en su contenido, porque la novedad del Evangelio de Jesucristo es insuperable, pero sí nueva en sus métodos, nueva sobre todo en su ardor.

Nuestra reunión pastoral ha tenido, en toda la Iglesia en Cuba, una breve pero intensa preparación y constituye un punto de mira hacia el futuro. Nos ha inspirado en nuestras reflexiones, y nos guiará, en la estructuración del Plan Pastoral Nacional hacia el año 2000, la carta apostólica de su Santidad el Papa Juan Pablo II «*Tertio Millennio Adveniente*», en la cual el supremo pastor delinea el quehacer y el sentir de la Iglesia, cuando se apresta a celebrar los 2.000 años del nacimiento del Redentor.

Una Iglesia que da gracias a Dios por la salvación operada en Cristo Jesús y la santidad de tantos de sus hijos, traducida en obras de bondad y de servicio. Una Iglesia que reconoce sus infidelidades, pide perdón, y en espíritu penitente, se propone olvidar agravios, superar las divisiones surgidas durante el milenio que termina, entre los mismos cristianos, y ser fermento de reconciliación y de paz en el mundo, colaborando a construir la civilización de la justicia y del amor.

Cuando comienza el ascenso cuaresmal del pueblo de Dios, que es un seguir las huellas de Cristo en su camino al Calvario, para introducirlo, más allá de la cruz, en su gloria, los católicos cubanos nos sentimos llamados hoy por Jesús a ir con Él al desierto.

En cada época, en cada lugar, los seguidores de Cristo debemos hacer ciertas opciones y tomar decisiones claras con respecto a la misión que el mismo Jesús encomendó a su Iglesia. Ninguna otra cosa, sino esta, ha realizado la Iglesia en Cuba por medio de la reflexión que ha concluido en nuestra reunión nacional conmemorativa. En esta ocasión sabemos, una vez más, que es el Espíritu de Dios quien nos ha animado y conducido, como lo hizo con Jesús, en aquellos cuarenta días de ardiente oración en el desierto.

El mismo Jesucristo es, además, nuestro modelo en las respuestas atinadas a las situaciones que se nos presentan. Porque el Señor no fue al desierto solo para rechazar tentaciones, sino para dar soluciones alternativas a las propuestas corrientes, aquellas que se enraízan en la psicología del hombre individual, ambicioso, proclive al éxito fácil y enemigo del esfuerzo sostenido, cuyo comportamiento, según la sociología moderna, se afianza en mecanismos reconocidos como «habituales».

Para la Iglesia, para todo cristiano, hoy y siempre, la lucha está planteada entre esa visión del hombre que lo considera el producto de sus instintos y de sus condicionamientos sociales, económicos o aun políticos y la concepción del ser humano digno, libre, dueño de sus actos, creado por Dios para el bien y el amor.

Por este modelo de hombre peleó Cristo en el desierto. En su vencer está nuestra victoria.

El hombre tiende a limitar el horizonte de su vida a lo inmediato material. ¡Parecen tan grandes las urgencias nutricionales, son tan extraordinarias las necesidades físicas!, que buscamos en las mismas realidades materiales la solución de los problemas y carencias de este género. Si no hay pan, hay que convertir las piedras en panes. Es una materia la que debe transformarse en otra para alimentar al hombre material. Pero, en el rechazo de Jesús a esta tentación está dada la alternativa a esa oferta: *«No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»*. Ese hombre, que debe alimentarse, debe conocer también la palabra de Dios que es alimento de su espíritu. Allí descubrirá su grandeza como hombre y su auténtica dignidad de hijo de Dios y aprenderá entonces a compartir, a producir por razones más altas, a ser solidario con motivaciones muy profundas. La solución no está en las piedras, está en el hombre. Esa es la gran propuesta de Jesús y de su Iglesia.

Pero no despliega la Iglesia su misión en favor del ser humano a partir de ningún mesianismo espectacular: *«Tírate desde lo alto hacia abajo, Dios te mandará un ángel...»*. ¡Cuántas fantasías religiosas o cuasirreligiosas han estado presentes en mesianismos seculares que, con nombres o estilos de ideologías, han querido, en forma impactante, vencer la miseria o aun transformar al hombre en su misma interioridad! Jesús tiene otra propuesta: *«No tentarás al Señor tu Dios»*; no intentarás violentar las leyes de la historia humana, no te lanzarás al abismo de lo desconocido, no va a aparecer un ángel maravilloso que te salve. El hombre, la sociedad, la historia no pueden ser transformados sino por el trabajo paciente y humilde de todos los que integran el conglomerado humano. Es imposible salvar al hombre violentándolo en su ritmo vital. La única espectacularidad está en el amor, en su cotidianidad, y esto llega a tener por nombre fidelidad o mansedumbre.

La más común de las tentaciones, a la cual se reducen muchas otras, aun la del dinero, es la tentación del poder. Desde una montaña alta, Satanás dijo a Jesús: *«Todo esto te daré si te postras y me adoras»*. El poder puede ponernos de rodillas ante el mal. Hay que tener los ojos muy abiertos para no confundirse. El único caso en que Jesús llama a Satanás por su nombre es cuando este le propone poder, a cambio de dejar su unión profunda con el Padre, de abandonar su misma identidad, de olvidar su propia misión, adueñándose de las cosas de los hombres, Él, que había venido a servir y a dar la vida por muchos. *«Vete, Satanás, a tu Dios adorarás y a Él solo darás culto.»*

Queridos hermanos, cada uno de ustedes, como cristianos, tienen que hacer con Jesús esas claras opciones. También tiene que hacerlas la Iglesia, cuerpo de Cristo y la repetirá una y mil veces en cada momento histórico y en cada región de la tierra.

Los planes de los hombres, cuando se establecen a partir de sus propias ambiciones y de sus deseos de autoexaltación, desembocan en la pérdida de la felicidad personal y de aquella que le corresponde a la comunidad humana.

En el libro del Génesis que hemos leído hoy, es Dios quien da al ser humano un aliento de vida. El hombre es el rey de la creación y deberá desarrollar el mundo que Dios le confía, pero hará esto siendo el guardián de la vida propia y de la de los demás. El ser humano no podrá nunca profanar el aliento de vida que lleva en sí mismo o que está en los otros. El hombre no debe tocar el árbol de la vida.

Más la historia de la humanidad, desde el asesinato de Abel a manos de Caín, hasta las guerras antiguas y nuevas, mundiales o regionales, pasando por el terrorismo organizado, el crimen horrendo del aborto, la creciente aceptación de la eutanasia, la persistencia de la pena de muerte y otros atentados a la vida, ha configurado un mundo violento, en el cual se ha establecido una cultura de la muerte, que ha habituado trágicamente a los moradores del planeta al menosprecio de la vida humana. Esto se extiende al campo de la política y de la economía. Las manipulaciones, las injusticias sociales, las medidas económicas que no tienen en cuenta a los más débiles en la sociedad, los salarios bajos, la subalimentación y la falta de atención médica, los límites en el ejercicio de la libertad de expresión o de reunión y la ausencia de garantías o de respaldo judicial frente a grandes poderes económicos o estatales, no son sino variantes de un mismo pecado del hombre que ignora al hombre en su dignidad, en sus derechos, en su grandeza innata, con menoscabo de esa plenitud de vida que todos anhelan. Se genera de este modo infelicidad y rebeldía.

A ese mundo tenebroso del pecado y de la muerte viene Jesucristo, para vencer el mal con su propia muerte. Para eso subió al árbol de la cruz y colgó de él como un fruto muerto. Los leños secos del Calvario se convirtieron desde entonces en el nuevo árbol de la vida plantado en medio de la humanidad.

*¡Oh cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor, en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la vida empieza...!*

Sí, la vida verdadera empieza cuando el hombre Dios muere en la cruz, y esa vida irrumpe en todos los que saben abrazar, sin temor, la Cruz de Cristo. Para esto Jesús, el Hijo de Dios, penetró la historia humana y la dividió para siempre en dos fases no solamente históricas: «Antes de Cristo» y «Después de Cristo». Porque en el acontecer personal o familiar y en la historia de los pueblos hay también un antes y un después de Cristo, que vienen dados por el momento en que Él hace su entrada en nuestras vidas. Este hombre, aquella mujer, cambiaron sus criterios después que conocieron a Cristo. Esta familia hizo una opción por la vida y el amor cuando Cristo entró en su hogar. Estas son experiencias recientes de la Iglesia en Cuba. Los pueblos en guerra, divididos internamente, minados por el odio o el desdén, pueden iniciar también caminos de reconciliación, de solidaridad y de fraternidad después de acoger el mensaje bienhechor de Jesús de Nazaret.

Por esta razón comenzaba el Papa Juan Pablo II su pontificado lanzando a las naciones de la tierra una invitación y un reto: «*No tengan miedo, abran las puertas a Jesucristo*». Y esta es la razón de ser de la Iglesia. Además de dar el culto debido a Dios, ella debe anunciar a Cristo para que Él transforme con su evangelio la vida de los hombres, de las familias y de los pueblos.

La Iglesia en Cuba, en su experiencia por momentos dolorosa, y a veces consoladora, de estos últimos casi cuarenta años, ha confrontado los mismos desafíos

a los cuales dio respuesta el Salvador en sus cuarenta días de ayuno y oración, esgrimiendo la palabra de Dios, no como solución ya dada, sino como indicadora de un camino a seguir.

Así los cristianos cubanos y la Iglesia en Cuba, conscientes de la insuficiencia del materialismo marxista y su fallo existencial, no ponemos la mirada en otro materialismo consumista, hijo de un capitalismo feroz, que no llega a dar participación real a la inmensa mayoría desposeída, en los grandes beneficios económicos de unos pocos. La doctrina social de la Iglesia nos presenta no una tercera vía filosófica, utópica y de nuevo riesgosa, sino un proyecto de humanización de las normas frías y rígidas de la economía y del mercado, con una participación del trabajador no solo en algún beneficio recibido como dádiva, sino en la toma de decisiones y en la gestión de la empresa, sin paternalismos que matan la iniciativa personal, con una verdadera acción sindical que tenga en cuenta al trabajador como persona libre y responsable.

Para que desaparezca el hambre y la miseria, para que el hombre llegue a saciarse de pan, no solo es necesario que haya pan, se requiere primero crear las condiciones humanas y dignas de producir ese pan. La opción por una sociedad humanizada en su trabajo y en su capacidad de producir riqueza es cristiana y de esto hablaba la cuarta asamblea del episcopado de América Latina en Santo Domingo, cuando se refirió a la promoción del hombre latinoamericano, tal y como el Papa Juan Pablo II lo había sugerido para aquella reunión. Con sus demás hermanos del continente, el cubano debe también ser promovido integralmente.

Los cristianos cubanos y nuestra Iglesia, por presentar ante nuestros hermanos de modo profético la doctrina de Jesús sobre el hombre digno, libre y dueño de su destino, no nos consideramos imbuidos de un nuevo y siempre sospechoso mesianismo. La Iglesia es servidora de la humanidad, no pretende tener todas las soluciones ni monopolizar la verdad en cuanto a las cosas factibles. Si esto hiciéramos, estaríamos tentando al Señor nuestro Dios, al arrogarnos capacidades que no tenemos. Cuando aportamos nuestra visión del hombre y de la historia, la Iglesia Católica quiere trabajar, como decía nuestro apóstol Martí: *«Con todos y para el bien de todos»*.

Los cristianos cubanos y la Iglesia que peregrina en Cuba ponemos toda nuestra confianza en el Señor. Sabemos que ningún poder humano puede usurpar el sitio que Dios debe tener en nuestra vida eclesial y que el poder de la Iglesia está paradójicamente en su pobreza de medios y recursos comunes para enfrentar la tarea ingente que la sobrepasa: sembrar amor donde hay odio, engendrar esperanza en los corazones desolados, y llamar a todos a una fraternidad que nace de la condición de ser hijos de un mismo Padre celestial. *«Este tesoro –al decir de San Pablo– lo llevamos en vasos de barro, para que se vea que una fuerza tal no viene de los hombres, sino de Dios.»* El poder de la Iglesia está en su falta de poder real en el orden humano. Para la empresa de construir una cultura de vida frente al mundo decadente de los que propugnan, de un modo u otro, la muerte del hombre; frente al desafío de crear una civilización del amor y de la justicia cuando parecen dominar la arbitrariedad, el desamor y aun el odio en las relaciones entre hombres y pueblos; frente a los reclamos de esperanza de tantos hermanos nuestros que no hallan sentido a su andar por la vida, la Iglesia y los cristianos solo contamos con el poder de Dios: *«Te basta mi gracia, mi fuerza se prueba en la debilidad»*.

Estas son, aparte de las opciones pastorales que ha hecho nuestro Encuentro Conmemorativo, las opciones de base de la Iglesia y del cristiano, las mismas de Cristo en el desierto cuando preparaba en la oración y el ayuno su misión redentora:

— Una clara opción por la vida y por el hombre, con su dignidad y sus derechos.

— Una decidida opción por el servicio humilde, asiduo, no espectacular, pero en fidelidad a Dios y al mismo hombre.

— Una confianza total en el poder de Dios que vence el mal, aún dentro del mismo corazón humano, y es dueño absoluto de la historia; con plena conciencia de tener, en esta hora de nuestra vida nacional, una especial misión reconciliadora.

El anuncio del evangelio que la Iglesia debe hacer con nuevo ardor en Cuba en este fin de siglo, y a las puertas del tercer milenio, lleva consigo una invitación a nuestros hermanos para que, conociendo a Cristo, descubran también la grandeza de la persona humana, los valores personales y familiares que contiene el evangelio y que enriquecen la sociedad, y devuelvan a los hombres y mujeres, especialmente a las nuevas generaciones, un sentido a sus vidas, dándoles un aliento de esperanza. Para esta acción evangelizadora, la Iglesia convoca de manera especial a los laicos, a las familias y sobre todo a los jóvenes.

En manos de la Virgen de la Caridad nuestra Madre, ponemos los resultados y las proyecciones de futuro del Encuentro Conmemorativo del ENEC.

Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, Patrona de Cuba: te suplicamos que con Cristo Salvador, movidos por el Espíritu Santo, los católicos cubanos sepamos rechazar las tentaciones de poder, de mesianismos fáciles o de cualquier tipo de materialismo, aunque parezca atrayente; que estemos atentos a los requerimientos espirituales de nuestros hermanos, que reclaman algo más que pan; y que solo doblemos nuestras rodillas ante el único Dios verdadero, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.